
Dos historias de amor

I. Viaje a la saeta *

Con exageración, y tal vez con misericordia, Oscar Wilde hizo correr el rumor de que la conferencia es el único género literario absolutamente imperdonable. Por mi parte, no quisiera hoy contribuir a que ese rumor se consolide; de manera que trataré de que esta conferencia, que inexorablemente ha comenzado ya, consiga terminar de tal modo que ustedes no se vean precipitados a manifestar su indulgencia en forma de rencor. ¿Cómo podría evitar que se pusiera en marcha un mecanismo de defensa tan natural, tan inocente? Quizá sólo de un modo: siendo a mi vez natural e inocente —que equivale a decir: siendo sincero. Y una buena manera de iniciar la sinceridad es confesar nuestros pecados. Trataré, pues, de convertir la ocasión de una conferencia en la oportunidad para una confesión. El primero de mis pecados, de entre los vinculados al tema que hoy nos reúne alrededor de ese magistral sobresalto al que llamamos la saeta, es un largo pecado: tiene veintitrés años: los que van desde mis quince años hasta mis treinta y ocho. Sucede que comencé a sentir el flamenco con fervor y con ímpetu hacia los quince años de mi edad, y que pisé por vez primera las calles de Triana ya cumplidos los treinta y ocho. Este es un disparate tan cuantioso que sólo lo mitiga el perdón. Un pecado más venial, no menos evidente, es el hecho de que mi primer viaje a Sevilla, hace ahora nueve años, fue una casualidad de mi trabajo y no un propósito de mi corazón. Tampoco esto tiene otro sentido que el que le regale el perdón. Confesaré cómo ocurrió aquel primer viaje.

Un numeroso grupo de escritores hispanoamericanos y españoles, acompañados por una concentración de estudiosos del hispanismo, habíamos sido invitados a un congreso con el tema del barroquismo en la literatura hispanoamericana, un congreso que comenzó en Madrid y que se clausuró en Sevilla, durante la Semana Santa. Los organizadores no ignoraban que la elección de ese lugar para la clausura del congreso, y en esas señaladas fechas, disminuiría la asistencia de congresistas a las sesiones de trabajo. No ignoraban tampoco, como supe en seguida, que con ello se otorgaba a los visitantes la ocasión de asistir a una de las fiestas religiosas, populares y remotamente paganas, más sobrecogedoras, íntimas y a la vez multitudinarias, condecoradas de alegría y alisadas por el silencio, que se puedan vivir sobre la tierra. Supe casi instantáneamente que mi demora en conocer lo que ahora conocía por fin, era el pecado más exacto: aquél que no puede perdonarse uno mismo. Desde entonces me

* Conferencia de clausura del Seminario Homenaje a la Semana Santa. Leída en la Casa de Pilatos, de Sevilla, el 13 de abril de 1984.

vengo perdonando en cuotas, mediante el procedimiento de venir a Sevilla varias veces al año y de vivir Sevilla como nostalgia y compromiso cuando estoy lejos de esta tierra. Sé que esta última frase suena, cuando más, a piropo; cuando menos, a falsedad. Pero les doy mi palabra de honor de que vengo siendo sincero desde hace nueve años al decir esa misma frase en Buenos Aires o en Madrid, en Estocolmo, en Brujas, en Méjico, en Sarajevo o en Rabat. Y agregaré que no menciono todas esas ciudades por parecer cosmopolita (ya soy un claro encanecido y ciertas presunciones comienzan a parecerme poco serias), sino para poder asegurar que mi amor por Sevilla no es sólo una fortuna sino también una elección, o si queréis, una fatalidad: es un amor que se va confirmando desde el conocimiento de la diversa hermosura del mundo. Siempre he pensado que una de las más serias garantías que tiene un hombre de saber que ama a una mujer es la de no haberle huido jamás al amor de las otras mujeres. Quien suponga que esto que acabo de decir comporta arrogancia o frivolidad es que no sabe de qué estamos hablando. Y de igual modo, amar una ciudad, una comunidad, una cultura, desde la gratitud por la existencia de otras culturas, otras ciudades, otros prodigios, es un suceso directamente prodigioso: es ya ese instante del amor en el que comprobamos que nuestro corazón está eligiendo, está eligiendo en libertad desde el conocimiento de la hermosura múltiple, y está eligiendo para siempre. «Para siempre» quiere decir que ese amor puede sobrevivir inclusive a la muerte. De modo que si me acompaña el talento, cuando yo me haya muerto vivirán, por lo menos durante esos días misteriosos en que el cariño se transforma en adioses en los periódicos, algunos libros míos en los que la palabra Sevilla aparece sentada, como una reina, acariciando mi cabeza, mientras yo permanezco sentadito a sus pies.

¿Cómo comenzó esa elección, o si quereis, esa fatalidad? Hace ahora nueve años, entre las calles, las imágenes de la Pasión, las risas y las lágrimas en los carrillos de la gente, y desde la voz inconcebible de dos saeteras escalofriantes que cantaron en una madrugada de Triana, una madrugada en que entré con un alma y de la que salí con otra alma mayor. Aquél fue uno de los instantes prodigiosos de mi existencia, y tanto más cuanto que yo sabía que me estaba sucediendo un prodigio, y como quiera que lo que llamamos corazón no es otra cosa que la suma de los instantes prodigiosos, yo supe, allí mismo, que mi corazón acababa de crecer otro poco, y que algún día tendría que agradecer, con fervor, toda aquella fortuna. Quisiera que esta conferencia fuera considerada como un intento de mostrar, públicamente y fervorosamente, este agradecimiento.

Regresemos ahora a aquel viaje fortuito que me servía el destino y que habría de alcanzar en la memoria, que es el lugar donde las cosas establecen su eternidad, la exactitud de la necesidad. Viví noches enteras en las calles, a veces caminando con dificultad entre una multitud de andaluces, turistas, payos, gitanos e imágenes sagradas, y asistiendo a un fenómeno enigmático, tejido con vitalismo y con fervor, con devoción y vino, con fe profunda y alegría pagana. Cualquiera podría allí pensar, con precipitación, que la religión era un pretexto para tejer una urdimbre de fiesta y risa populares. Pero habría que agregar que ese ceremonial apasionado, que esa alegría y esa extraversión untadas por aquellas lágrimas, eran el rostro de una fe caudalosa, libertaria y emocionante. Un intelectual español enamorado del árbol

frondoso y de las raíces hondas del flamenco, y que a los treinta y ocho años de edad visita por primera vez Sevilla, y ello en Semana Santa, corre el peligro de acudir a esa cita lleno de un corrosivo escepticismo, aminorado por una desconfianza un poco miserable. Le es imposible desoír los muchos ruidos que hace ese comercio, que, desde hace largo tiempo y como señuelo de turistas y halago de sevillanos de segunda, está mixtificando Andalucía, Sevilla, la Semana Santa, Triana, los gitanos, el cante. Y sofocado dentro de esa coraza me aproximé a Sevilla. ¿Y qué es lo que ocurrió? Ocurrió lo que había de ocurrir, lo que era justo: que la fiesta, el fervor, los sevillanos, algunos lagrimones profesores condecorando algunos rostros; los piropos inverosímiles que mujeres y hombres gritaban a la Virgen con unción y alegría igualmente desgarradoras, y la veintena de saetas que tuve la fortuna de escuchar y compartir con todos y conmigo en Triana, consiguieron que mi coraza se me cayera enroscada como un barquillo al suelo popular, de donde ya jamás se levantó y en donde la dejé abandonada para siempre. ¿Cómo relacionar las emociones con que esa fiesta igualmente libérrima y sagrada desbarató mi desconfianza, mi escepticismo, mi cautela? Tal vez no sea posible. Tal vez no sea posible en ningún caso: creo que si yo fuera un antropólogo, y un estudioso de la historia de las religiones, y especialista en el análisis de las emociones colectivas, quizá tampoco acertaría a nombrar con justicia, es decir, con humildad y exactitud y a la vez con vehemencia, aquel fastuoso ir y venir de gentes que reían o rezaban, borrachos de fervor o aguardiente. ¿Una fe a gritos? ¿Un recogimiento entreverado con el júbilo? ¿Una celebración religiosa repleta de borrachos, que no son, por lo demás, los menos fervorosos? ¿Un dios a quien le hablan de tú sus fieles? ¿Una diosa a quien se le gritan piropos, como si fuera una muchacha? Y bueno, ¿por qué no? ¿Por qué el creer habría de ser asunto temeroso? ¿Por qué la fe no habría de estar afelpada en el júbilo? ¿No podría ser la risa una forma del rezo? ¿Quién habrá establecido que el respeto tiene que ser cohibido? Todas estas preguntas parecen responderse solas. Pero hay una pregunta mucho más vasta, mucho más inquietante, una pregunta que involucra a todo aquello que ha ocurrido en Andalucía en un par de milenios: ¿por qué sólo en Andalucía alcanzan ese temple vitalista, imaginativo, extravertido, impetuoso y feliz, estos ritos cristianos? Ustedes me consentirán que yo sea inteligente y no pretenda simular que tengo una respuesta para esa laboriosa pregunta, para semejante secreto. Por otra parte, hay ocasiones, quizá muchas, quizá casi todas, en que somos más sabios preguntando que respondiendo.

Cruzamos el puente de Triana para internarnos en el barrio gitano. Para mí, ese instante fue también ritual. Hacía ya mucho tiempo que deseaba, o que necesitaba, mirar bien esas calles, ese puente, ese Guadalquivir en ese sitio, esos espacios, cargados de dos siglos de música y de historia. A finales del siglo XVIII, a principios del XIX, éste fue uno de los pocos y providenciales lugares en donde el arte flamenco tuvo su nacimiento y desarrollo. Triana era ya para mí una de esas palabras, cargadas de fruta antigua y de noche solar y secular, en donde la emoción bebe su resonancia, come su pan solemne, hasta hacernos saber que un hombre es casi nada si no está emocionado. Ahora, cruzando el puente —lo recuerdo tan bien— yo les hablaba a mi mujer y a Niña Rochi y a su hombre, Héctor Rojas Herazo (colombiano y uno de los más intensos, primorosos, gigantescos y compasivos escritores de lengua castellana en